

Las lecciones de la nueva PAC deberían emplearse en el diálogo estratégico sobre agricultura que quiere Bruselas

Christiane Lambert
Presidenta del COPA

En Bruselas aún no se ha hecho balance de la [Comisión Von Der Leyen](#). A pocos meses para las elecciones europeas, los trabajos de reglamentación relacionados con el Pacto Verde Europeo siguen a buen ritmo. Mientras escribo estas líneas, se siguen debatiendo textos clave para nuestros sectores. Me refiero, en particular, a la revisión de las emisiones industriales, a la ley de restauración de la naturaleza, a la propuesta sobre nuevas técnicas genómicas, a la revisión del uso de productos fitosanitarios, al proyecto de reglamento sobre la certificación de carbono y, también, a la revisión del transporte de animales.



Este tsunami de normativa puede, en ocasiones, llegar a marear a los representantes agrarios. También es una fuente de gran preocupación sobre el terreno, se aprecia en cualquier lugar de la UE que tengo la oportunidad de visitar. Lo hemos dicho una y otra vez a los responsables europeos durante estos últimos años: los agricultores están a favor de las grandes orientaciones del [Pacto Verde](#), pero no a cualquier precio y, desde luego, ¡no de cualquier manera!

La aplicación de la nueva PAC nos ha dejado varias lecciones que deberían animar al conjunto de las instituciones europeas a reflexionar y a cuestionarse la metodología

seguida. Actualmente, decir que la implantación de esta nueva PAC no está siendo un paseo sería quedarse corto en muchos aspectos. Entre la aprobación tardía de los Planes Estratégicos nacionales por parte de la Comisión Europea y la aplicación, también tardía, de las definiciones y normas a escala nacional, muchos agricultores están actualmente desconcertados. Lo están por los requisitos, sobre todo por aquellos relacionados con los ecorregímenes, sujetos a calendarios y derogaciones rígidas; y preocupados por los retrasos registrados en los pagos en varios Estados miembros. La incertidumbre se mantiene incluso después de un año, y muchos agricultores se preguntan sobre la rotación de cultivos en sus

parcelas en los próximos años, cuando algunas normas se podrían ver modificadas por cambios en los Planes Estratégicos nacionales y cuando los importes por hectárea de los ecorregímenes todavía no se han terminado de calcular. Esto se traduce en una infraparticipación en los ecorregímenes, y en malentendidos sobre las normas que deben aplicarse.

También corremos el riesgo de no acompañar a todo el mundo en estas transiciones, aunque sean un valor clave de las políticas europeas.

Bruselas debería prestar más atención a estas problemáticas concretas de aplicación. Desde el lanzamiento de la estrategia [De la Granja a la Mesa](#) (*Farm to Fork*) y de las estrategias de Biodiversidad para 2030, que son los pilares agrícolas del Pacto Verde Europeo, hemos constatado un claro problema de enfoque sobre el que no hemos dejado de alertar a la Comisión Europea y a la opinión pública: no podemos imponer objetivos agrarios sin cuantificar el impacto desde el punto de vista medioambiental, social y económico. Desgraciadamente, la Comisión Europea se ha negado a hacerlo durante mucho tiempo. Existe una fuerte tentación de forzar la aprobación de estos textos antes de las próximas elecciones europeas, con consultas limitadas y un arbitraje más político que pragmático, mientras se dejan en el aire cuestiones fundamentales, como son los medios económicos necesarios para alcanzar estas ambiciosas metas y las herramientas concretas que permitirán las transiciones.

La Comisión Europea no ha hecho oídos sordos a estas críticas. El pasado mes de septiembre, Ursula Von der Leyen hizo un llamamiento en favor de un diálogo estratégico sobre cuestiones agrarias, reconociendo así implícitamente este problema de método y de financiación de los objetivos. Agradezco esta vuelta al diálogo.

Estoy convencida de que existe una tercera vía entre los que no quieren cambiar nada, que olvidan que hay que adaptarse al cambio climático, y los *decrecentistas*, los *antitodo*, cuyas acciones llevarán a la deslocalización de nuestra agricultura, la más sostenible del mundo, hacia otros continentes y al aumento de los precios para los consumidores. Podemos y debemos seguir produciendo, y todo ello de forma cada vez más sostenible, gracias a la innovación. A todos los que me dicen que esto es una ilusión, les respondo: “Mirad el aumento de productividad que se ha conseguido durante los últimos 30 años; mirad cómo

ha evolucionado la agricultura en el transcurso de una generación. Si revisáis las cifras, ¡veréis que es posible!”

Una vez más, la PAC debe ser la respuesta a estas inquietudes. Una PAC ambiciosa, con un presupuesto reforzado, proporcional a las exigencias del legislador europeo,

como ya ha propuesto el Comisario europeo de Agricultura, Janusz Wojciechowski. Por ahora, hay que constatar que todas las nuevas medidas propuestas dentro del Pacto Verde Europeo no cuentan con la financiación adecuada fuera del marco de la PAC. Todavía tenemos que hacerles entender a los responsables europeos que

nuestras explotaciones no son multinacionales que puedan dar un giro de 180° de la noche a la mañana. Uno de los grandes expertos de mi país en cuestiones energéticas y climáticas, Jean-Marc Jancovici, dijo recientemente: “No se puede pedir a un sector que innove si sigue siendo pobre”. Proporcionémoslos recursos financieros necesarios para satisfacer las ambiciones de la UE y un marco normativo claro, predecible y pragmático, y ¡podremos llevar a cabo las transiciones deseadas! ■

Christiane Lambert nació en 1961, en Cantal, de padres agricultores y militantes de la JAC (Juventud Agrícola Católica). Desde muy joven elige ser agricultora: obtiene un BTS (Diploma de Técnico Superior) agrícola y a los 19 años se instala en una granja lechera y porcina en Cantal. Se afilia al Sindicato de Jóvenes Agricultores (JA) y pasa por los distintos niveles regionales antes de convertirse en la primera mujer elegida presidenta de la Asociación Nacional de Jóvenes Agricultores (CNJA). En 2017 es elegida presidenta de la FNSEA, el principal sindicato agrícola francés. Es miembro de la Mesa de las Cámaras de Agricultura francesas desde 2001. Presidenta desde 2020 del COPA (Comité de Organizaciones Profesionales Agrarias de la UE) ha sido reelegida por unanimidad en septiembre para un segundo mandato.